

SOLIDARIDAD*

No sé cómo se llama,
ni en qué país existe.

Y, si pudiera oír las,
no entendería sus palabras...

Pero siento
que su presencia súbita me acusa.
Es él... Un ignorado
a quien acaso, nada añadiría
el que supiera yo poner un nombre
sobre los rasgos lentos
del rostro inmaterial con que se anuncia.

Un hombre nada más. Sin voz. Sin raza.

Un hombre que se yergue
frente a mí: lacerado, inerme, frágil.
Y, sin embargo, invulnerable a todo
lo que a todos nos hierde en carne y hueso.

Un hombre al que jamás he conocido
y del que debo responder, no obstante,
como del caminante atropellado
en una carretera tenebrosa.

No sé cómo se llama.
Pero sé que está hecho
de todas las piedades que no tuve
para los hombres que de mí esperaban
una mirada de consuelo,
una palabra de confianza,

* *Los cuatro poemas aquí publicados proceden del libro de Jaime Torres Bodet, Fronteras, editado por el Fondo de Cultura Económica, México, 1954, pp. 83-85, 88-91, 117-119 y 136-139.*

o la dádiva, al menos,
de una mano tendida honrosamente.

No sé en qué tierra vive.
Pero sé que el país en que sus plantas
avanzan hacia mí
es tierra de mi patria verdadera.

Y lo llamo, sin nombre, y me avergüenzo...

CIVILIZACIÓN

UN HOMBRE muere en mí siempre que un hombre
muere en cualquier lugar, asesinado
por el miedo y la prisa de otros hombres.

Un hombre como yo: durante meses
en las entrañas de una madre oculto;
nacido, como yo,
entre esperanzas y entre lágrimas,
y –como yo– feliz de haber sufrido,
triste de haber gozado,
hecho de sangre y sal y tiempo y sueño.

Un hombre que anheló ser más que un hombre
y que, de pronto, un día comprendió
el valor que tendría la existencia
si todos cuantos viven
fuesen, en realidad, hombres enhiestos,
capaces de legar sin amargura
lo que todos dejamos
a los próximos hombres:
el amor, las mujeres, los crepúsculos,
la luna, el mar, el sol, las sementeras,
el frío de la piña rebanada
sobre el plato de laca de un otoño,
el alba de unos ojos,

el litoral de una sonrisa
y, en todo lo que viene y lo que pasa,
el ansia de encontrar
la dimensión de una verdad completa.

Un hombre muere en mí siempre que en Asia,
o en la margen de un río
de África o de América,
o en el jardín de una ciudad de Europa,
una bala de hombre mata a un hombre.

Y su muerte deshace
todo lo que pensé haber levantado
en mí sobre sillares permanentes:
la confianza en mis héroes,
mi afición a callar bajo los pinos,
el orgullo que tuve de ser hombre
al oír –en Platón– morir a Sócrates,
y hasta el sabor del agua, y hasta el claro
júbilo de saber
que dos y dos son cuatro...

Porque de nuevo todo es puesto en duda,
todo
se interroga de nuevo
y deja mil preguntas sin respuesta
en la hora en que el hombre
penetra –a mano armada–
en la vida indefensa de otros hombres.

Súbitamente arteras,
las raíces del ser nos estrangulan.

Y nada está seguro de sí mismo
-ni en la semilla del germen,
ni en la aurora la alondra,
ni en la roca el diamante,
ni en la compacta oscuridad la estrella,
¡cuando hay hombres que amasan
el pan de su victoria
con el polvo sangriento de otros hombres!

¿A quién dedicas, mar, tu obra incesante
y por qué, a cada triunfo, la transformas
y le añades un ay, un adjetivo,
una ola más diáfana o más tersa,
una risa, una cólera, a veces una lágrima?

¿Qué es lo que nos pides
cada vez que pareces expresarte
—y que no acabas nunca por decirnos?
¿Cómo insistes en ser lo que no eres
—línea, verso, cristal, frontera clara—
tú de quien las tinieblas son eternas?

Minuto quieres ser, tú que eres tiempo;
descanso y paz, tú que eres fiebre y lucha,
silencio tú que en todo eres clamor.

Y te miro, y me escuchas, y los años
pasan entre nosotros sin unirnos.
Y somos dos preguntas
que acaso se responden mutuamente,
pero que no sabrán jamás por qué...

EL GRAN CAÍDO

JUNTO al tronco aserrado,
miro el árbol inmenso, el gran caído.
Y no pienso, al mirarlo,
en la sombra que ayer enarbolaba
como bandera oscura del verano,
ni en el destino de las iniciales
que, en su corteza áspera, grabaron
amantes satisfechos de jurarse
eternidad bajo su eterno olvido;

ni siquiera en el hueco
que dejará su ausencia en este campo
habitado a su sed, a su egoísmo,
y también a su dádiva, en otoño,
a su oro mortal, fecundo y libre...

Junto al tronco aserrado, pienso ahora
en la mano que vino
a destruir de pronto, entre las hojas,
la hipótesis del nido,
la promesa del canto, el puerto aéreo
que una ciudad de pájaros había
previsto ya en sus ramas impasibles,
la confianza del hombre
que solía medir por su presencia
las leguas que separan
el surco de la iglesia,
y la resignación, de la plegaria.

Un porvenir que no era solamente
el porvenir de un árbol derrotado
yace con él, se pudre con sus hojas.
Lo pisan los caballos sin mirarlo.

Lo devoran sin hambre las hormigas.
Es polvo –no de ayer–; polvo de un tiempo
que no marcan aún los calendarios.
Niega lo que no empieza.
Mata lo que tal vez no nace aún.

Un árbol aserrado, un hombre muerto
son más que sus cadáveres. En ellos
sepultaremos siempre
no un pasado de árboles y hombres,
sino una parte nuestra, irremplazable:
lo que pudieron ser, para nosotros,
en el futuro que con ellos muere.

AL HERMANO POSIBLE

I

HE SIDO. Soy. ¿Seré?... ¡Qué orgullo vano!
Otros serán por mí. Cuanto procuro,
otros lo alcanzarán, porque a mi mano
nada –ni aun el dolor– llegó maduro.

La fe que puse en el fervor humano
y en la eficacia del esfuerzo puro
acaso tú la expreses, lento hermano
que labras, con mi ausencia, tu futuro.

Acaso tú, de quien no sé ni el nombre
porque tan sólo en nieblas te presiento,
concluyas la experiencia interrumpida.

¡Y, al consagrarla al fin en monumento,
acaso te preguntes de qué hombre
fue cumplimiento y redención tu vida!

II

Como tú te hallarás, me hallé a menudo
siempre a la orilla de la obra hecha,
entre el arco y el blanco, sorda flecha
que sólo suena al dar contra el escudo.

Como tú te verás, me vi desnudo
en la hora final de la cosecha,
cuando todo en el triunfo nos desecha
y al tajo nada más se rinde el nudo.

Porque yo, como tú, frente a la gloria
del alba entre gemidos conquistada,
me interrogué: ¿Quién lucha en mi memoria?

¿Qué brazo combatió con esta espada?
¿A quién le pertenece esta victoria
que para mí no estaba destinada?

III

Ya nada entonces te dirá que he sido
—ni esta voz sin rescate en que me entrego!—
pues sólo para mí seguirás ciego,
hermano indispensable y desvalido.

Como yo aquí mi corazón te lego
a otro —como tú, desconocido—
ofrecerás tu ánfora de olvido
para que en ella apague un santo fuego.

Te pensarás en él, cuando despierte
tu alma al sol del día recobrado
y él te afirmará sin comprenderte,

Porque frente a los dos se habrá cerrado
el mismo río de la misma muerte.
Y para un agua así no existe vado...

La Revista Interamericana de Educación de Adultos
se terminó de imprimir en los
Talleres Gráficos del CREFAL,
Av. Lázaro Cárdenas s/n
Col. Revolución, Pátzcuaro, Michoacán, México
en junio del 2002. Tiraje; 1500 ejemplares

